

Élida Román

Lima, junio 2008

**Juan Carlos del Valle** es mexicano y muy joven. El dibujo y la pintura son sus instrumentos. La luz y el color, los elementos imprescindibles, que maneja y domina, sin dejar de explorarlos constantemente. Su elección para crear imágenes es un realismo que lo emparenta con una sólida tradición española que se encarna muy bien en la llamada 'generación de 1910'. Improntas quizás transmitidas por su maestro español en México, que él ha incorporado a su programa técnico, mirando en el pasado la posibilidad de iniciar un viaje de la mirada hacia los objetos, las formas, las caprichosas materializaciones de la vida y el mundo, que parece buscar en los trozos de carne, las ostras abiertas, las calaveras solitarias, o algún fruto esplendoroso, el acceso a esencias más profundas, ocultas y presentidas.

La pregunta sobre el por qué de esta elección, surge de inmediato.

Entre estas notorias influencias y la juventud de hoy, media un siglo. Un siglo donde los movimientos artísticos se han sucedido vertiginosamente, donde el descrédito por esta academia ha ganado la batalla, donde la sensualidad y la emoción han sido desechadas, dando paso a la racionalización, el pensamiento especulativo y hasta el discurso anárquico. Un tiempo donde varias veces se ha proclamado la muerte de la pintura, y con ella, de todo arte que recuerde otros momentos y otras circunstancias. Una época, en la que ha nacido Del Valle, donde el individualismo y el testimonio íntimo no encuentran bienvenida.

La suya, entonces, es una actitud a contracorriente. Una protesta y una reivindicación del ejercicio libre y autónomo del hombre artista entregado a su causa y su expresión, con prescindencia de las autorizaciones de la moda o el sometimiento a los cánones de las vanguardias en proceso.

El título de su serie, "El juicio de la mirada" es elocuente y acertado. Pero es una mirada con algo más que los ojos. Si en los dibujos, de trazo firme y especial destreza, se encuentra el resultado de la observación precisa a través de la mano hábil, es en los óleos, de pincelada gruesa, empastados, ricos en materia y densos en color, donde aparece ese toque de vida explotando. Una energía conseguida por la energía de la voluntad que la crea.

El de este artista es un realismo al servicio de una reflexión personal, una indagación sobre el mundo focalizando el comienzo en un punto sencillo, mínimo, y tratando de horadar la corteza, buscando esencias o respuestas. La elección misma de los temas, pretexto para el

ejercicio creativo, revela un autodesafío hacia el propósito. Evocando la 'vanitas' del pasado, ese recuerdo de la fragilidad del hombre y la relatividad de las apariencias.

Un viaje hacia sí mismo, entre luz y sombra, contraste extremo. Entre el ser y la apariencia, tocando esa sensualidad de la materia que hace postergar el juicio de lo irreal. Un alarde de recreación que oculta la verdad de las dudas.

Y en todo momento, el placer de pintar.

Élida Román

Lima, junio 2008